

mal se porta, parece que trata usted de echar la culpa á mi hija, he querido tomar su defensa y...

—Disimule usted que la interrumpa, amiga mía: pero no puedo permitir que usted se justifique, habiendo sido yo el indiscreto que por defender á mi hijo he sido poco generoso con Elisa. De todos modos, se acabó esta cuestion, y me prometó que no tardará Eduardo en conocer y enmendar su falta. Espero que usted, amiga mía, contribuirá por su parte á que Elisa se convenza de que Eduardo es celoso porque la ama con delirio, y en este concepto debe procurar desvanecer todo motivo de sospecha. A nosotros nos toca trabajar sin descanso para acelerar el momento de la anhelada reconciliacion, que no dudo se realizará cuanto antes, y entonces crecerá de punto el amor que Elisa y Eduardo se profesan. Bien puede usted figurarse si apetezco yo con ansiedad este feliz momento, cuando solo él puede colmar la ambicion que me domina.

—¿Con que es usted ambicioso? —preguntó con significativa jovialidad la marquesa.

—Muy ambicioso —respondió el duque —puesto que ansio poseer el mas precioso tesoro que hay en la córte.

—¡Lisonjero! ¿Tanto precio concede usted á mi corazon?

—Un corazon tan hermoso como el de usted es una joya inapreciable.

En este momento dejóse oír prolongado murmullo de aprobacion.

—Es la Conchita que se dispone á cantar su cancion predilecta.

—¿Aquella cancioncilla italiana tan linda?

—Con la que trastorna el juicio á cuantos hombres la escuchan.

—Yo la oigo con gusto; pero no distrae mi pensamiento hasta hacerme olvidar á quien amo.

—Tambien me place oirla cantar, porque verdaderamente lo hace con mucha gracia, cosa que debe ser muy dificil acompañándose ella misma con el piano. Ya empieza.

Después de un ligero preludeo cantó una bella jóven la siguiente letra:

Se bel rio, se bell'auretta

Tra l'erbeta

Sul mattin mormorando erra;

Se di fiori un praticello

Si fa bello,

Noi diciam: RIDE LA TERRA.

Quando avvien che un zefiretto

Per diletto

Bagni il pié nell' onde chiare,

Sicchè l'acqua in su l'arena

Noi diciam che RIDE IL MARE.

Se giammai tra fior vermigli,

Se tra gigli

Veste l'Alba un aureo velo:

E su rote di zaffiro

Movè in giro.

Noi diciam che RIDE IL CIELO.

Ben é ver, quando é giocondo,

Ride il mondo,

Ride il ciel quando é giojoso,

Ben é ver; ma non san, no,

Come io so,

Fare un riso grazioso.

La gracia con que fué cantada esta cancion escitó varias veces el aplauso de los concurrentes, que batieron las palmas con entusiasmo al final, porque la simpática cantora acompañó el último verso con una sonrisa tan espresiva y encantadora, que arrebató al auditorio.

Solo el conde del Llano se mostró indiferente á los encantos de aquella Sirena, contemplando con arrobamiento á la hermosura de Elisa, á quien no podía dirigir la palabra por no interrumpir el profundo y general silencio. Pero concluida la cancion y después de un breve intermedio, cantó su amigo el capitán Rompelanzas, y no era ya tan profundo el silencio que no pudiese el conde conversar, aunque en muy baja voz, con la marquesita, y rendir el debido tributo á su belleza.

La jóven Elisa estaba verdaderamente interesante. El tocado á la romana que á la sazón estaba muy de moda, favorecia en extremo sus agraciadas facciones. No llevaba en la cabeza mas adornos que sus lustrosos bucles que se dividian cayendo laterales y por la parte posterior hasta sombrear la nevada tez de su bien torneada espalda y una cadenita de oro que les sujetaba y ceñía las sienés á guisa de diadema, dejando ver un pequeño y cuadrilongo engasté de brillantes sobre la eburnea frente. Su cuello erguido como el tallo de la azucena, alardeaba un precioso aderezo tambien de brillantes, lo mismo que los pendientes apenas visibles entre los rizos. Un tinte sonrosado velaba aquel hermoso busto, cuya indefinible donosura solo fuera dado

expresar á los mágicos pinceles del Ticiano, ó á la destreza sin igual para los retratos del célebre Tintoretto.

Aquel conjunto de gracias, animadas siempre de angelical sonrisa, mecíase lánguidamente sobre una angostísima cintura, tan flexible á las mas leves sensaciones, que escitaba el deseo de asirla y el temor de quebrarla.

— Me habian elogiado su belleza de usted — dijo el conde del Llano á Elisa, después que su amigo le hubo presentado y cruzado con ella los cumplimientos de ordenanza; — y aunque me preocupaba muy ventajosa prevenicion en su favor, confieso á usted que me he quedado absorto al contemplar sus hechizos.

— Como de esos galanteos — repuso Elisa aparentando inocente desconfianza — se prodigan en la córte á todas las mujeres...

— Verdad es que en la córte reemplaza á veces la lisonja el lenguaje de la sinceridad; pero no es menos cierto que cuando dicen los lábios lo que el alma siente, llevan todas las frases un selló particular que las distingue de la falsía, y usted que reúne singular talento á su hermosura, conocerá fácilmente que hago justicia á sus atractivos.

— Solo conozco que es usted demasiado amable.

— Soy justo y nada mas; pero me considero feliz en parecerle á usted amable. Amable es toda persona á quien parece hay cierta obligacion de amar. ¡ Figúrese usted si tengo razon en envanecerme al verme honrado por usted con tan lisonjera calificacion! ¡ Solo tengo un pesar.

— ¿ Usted un pesar? — preguntó aparentando interés la marquesita.

— Un pesar doloroso, inestinguible — añadió suspirando el conde.

— Crea usted que lo siento.

— Cuando nace uno desgraciado... Cuando ni siquiera se tiene una amiga á quien confiar los secretos del corazón... es bien triste la vida.

— ¡ Ah! ¡ ah! — exclamó riéndose con graciosa coquetería la hermosa jóven. — ¿ Querrá usted hacerme creer que no hay en Madrid una sola beldad que haya merecido la predileccion de usted?

— Una hay á quien anhelo consagrar, no solo mi predileccion, sino un amor puro y constante; pero esta beldad ha rendido ya su albedrío á otro amante mas feliz.

— Si es cierto lo que usted dice, confieso que es usted digno de lástima; mas acaso le engañan á usted las apariencias.

— Pluguiera á Dios, que así fuese... pero ¿qué beldad está sin adoradores?

— Los hombres se manifiestan siempre adoradores de todas las bellezas; pero por esta misma razón, debemos ser cautas las mujeres y no fiar mucho en las ovaciones que se nos rinden. Esto debe inducirnos á no esclavizar nuestro albedrío con la facilidad que usted supone. Tal es á lo menos mi opinión.

— Quiere decir, que cuando usted está en vísperas de ser esposa del duquecito de la Azucena, sabrá de un modo positivo que es amada como por su hermosura, por su talento y por sus virtudes merece.

— Mil gracias por los elogios que dispensa usted á las bellas prendas que estoy muy lejos de poseer; pero por lo demás tiene usted de mi porvenir mejores noticias que yo.

— No entiendo esa objeción.

— Es milagro, porque le sobra á usted perspicacia.

— ¿Querrá usted negarme que está proyectado su casamiento de usted con el duquecito?

— Aborrezco la mentira, y sería engañar á usted si de ese modo procediera; pero cuando semejantes enlaces no tienen mas fundamento que ciertas miras de interés, ni mas origen que el deseo de los padres, no tienen mas solidez que los castillos de naipes que edifican los niños, y que basta el hálito de un suspiro para derribarlos.

— Pero cuando se ama á una persona, suelen perderse en el vacío los suspiros de otro amor.

— Es verdad...

— Y como usted ama al duquecito...

— Está usted en un error muy grave. Hubiérame holgado en poderle amar siquiera por dar gusto á mi madre; pero no tengo la habilidad de vencer imposibles. La conducta del duquecito no es digna de mi amor. Yo no puedo amar sino á quien conquiste mi corazón, no solo por su mérito sino por las pruebas que me prodigue de acendrado cariño y eterna fidelidad.

— ¿Y sabe su mamá que no ama usted al duquecito?

— Yo me guardaré muy bien de decírselo por ahora. No quiero desvanecer sus ilusiones; pero como estoy en la inteligencia de que el duquecito anda distraído con otra pasión, el tiempo lo aclarará todo. Hace ya días

que no viene por acá, y me veo libre de su importuna presencia.

—¿Tanto le odia usted?

—No le odio; pero tampoco he simpatizado con él.

—Habrá usted fijado los ojos en otro mortal mas feliz.

—¿Quién sabe?

Estas dos breves palabras pronunciólas Elisa con toda la maestría de una consumada coqueta. Dirigió al conde del Llano una mirada llena de espresiva ternura, y bajando la vista como ruborizada, fijóla en el paisaje de su abanico.

—Hermosa Elisa, —esclamó el conde, alentado por aquella mirada seductora— acláreme usted ese misterio. Usted ama.... ¿No responde usted? Ese silencio desgarrá mi corazon.

—¿Pero qué interés puede usted tener en saber si yo amo? — Usted que por su posicion social, por su bizarría, por su amabilidad habrá ya merecido la ternura de alguna hermosa jóven...

—Todas las hermosas de este mundo me son indiferentes; encantadora Elisa, porque es usted la reina de todas ellas... y lo es usted tambien de mi corazon. Yo la amo á usted, y cifro toda mi ambicion en ser su esclavo. ¿Podré lisonjearme de merecer siquiera una léve esperanza?

—Silencio, conde, que mamá se acerca.

—Una esperanza sola.

—Concedida... Pero es extraño, señor conde — continuó Elisa cuando ya podia oír la su madre — es extraño que prefiera usted la música francesa á la italiana.

—Siento diferir de la opinion de usted, pero noto mas ligereza, mas amenidad en las melodías de los *vaudevilles* que en las óperas italianas. Yo hablo como profano; sé que digo un sacrilegio para los inteligentes.

—Sin embargo, la música de Rossini...

—¡Hola! —esclamó la marquesa de Verde-Rama— ¿están ustedes de cuestión filarmónica?

—Disimule usted, marquesa... no habia reparado...

El conde del Llano se levantó precipitadamente y cedió su silla á la madre de Elisa.

—¿Y usted no canta, conde?

—No señora: soy un ente inútil en un concierto.

— Pues su amigo de usted lo hace muy bien. —

— ¡Oh! el capitán es otro Galli — dijo el conde. —

— Y desempeña á las mil maravillas el papel de Figaro — repuso la marquesa de Verde-Rama sonriéndose.

El conde palideció al oír esta frase que dudaba si la marquesa la había pronunciado con intencion, pero se tranquilizó reflexionando que efectivamente mientras él obsequiaba á Elisa, su amigo Rompelanzas había cantado el aria del *Barbero de Sevilla* y merecido grandes aplausos.

— Con permiso de ustedes, voy á darle el parabien — dijo el conde del Llano, é inclinándose con respetuosa elegancia, se alejó de Elisa y de su madre, embriagado de alegría por el éxito de su declaracion.

— Tambien esta noche ha venido solo el duque de la Azucena — advirtió con ademan de reconvencion la marquesa. — La conducta de Eduardo es muy chocante, y me temo que le habrás dado motivos de enojo.

— Eso es — repuso con tristeza Elisa — no falta sino que á la humillacion que me hacen sufrir sus ingratitudes, añada usted reconvenciones que no merezco. Eduardo no me ama... Estará entretenido con otros amores, y esta es la causa única de su desvío.

— Tranquilízate, hija mia; Eduardo te ama, y precisamente el exceso de su amor le tiene celoso...

— Usted se lo figura así; pero yo tengo una prueba de que Eduardo no me ama.

— ¡Una prueba!

— Sí, mamá.

— Me llenas de asombro.

— Es usted demasiado confiada.

— Explicáte, hija mia.

— Repito que Eduardo no me ama.

— No basta que tú lo digas.

— ¿Quién puede saberlo mejor?

— Puedes estar equivocada.

— No por cierto.

— Tal vez algun chisme...

— Nadie me ha venido con chismes.

— Como hay lenguas tan viperinas en Madrid...

— Sé por mí misma que no me ama. —

— No digas eso por Dios. Tendría yo un disgusto mortal si por cualquier evento no llegáran á verificarse tus bodas con el duquecito. —

— Pero si no me ama...

— Repito que estás en un error. —

— Yo creo que es usted quien se equivoca, mamá. ¿Qué más pruebas quiere usted del desamor de Eduardo que el haberse desviado enteramente de nuestra casa? —

— Si no tienes otra, esa prueba no me convence. Yo sé que Eduardo te ama porque así acaba de asegurármelo su padre. —

— Siendo así ¿por qué ha dejado de visitarnos? —

— Porque está resentido de tu conducta. —

— ¿De mi conducta? —

— Sí, hija mía. Lo que es verdaderamente una prenda laudable en tí, le tiene alarmado... es celoso en extremo... y esto debes no solo disculparlo, sino tomarlo en consideración y procurar complacerle. —

— ¿Pues que he hecho yo en su agravio? —

— Nada, hija mía, nada; pero tú eres amable con todos... —

— ¿Querrá ese hombre que vivamos como los osos? ¿Y usted, mamá, me reprende el ser amable? —

— Ya te he dicho antes que esta es una prenda que yo alabo; pero esa misma amabilidad con que acoges los cumplimientos de otros jóvenes ha llenado al duquecito de recelos, y ha querido manifestarte su resentimiento haciéndose el desdeñoso. Su padre me ha prometido hacerle volver á tu lado, y solo exijo de tí, hija mía, que te abstengas en lo posible de admitir los galanteos de otras personas. Debes hacerte cargo de que el desvío de Eduardo, lejos de haberle producido el desamor como tú dices, es una prueba de que está locamente enamorado de tí. Me lisonjeo en consecuencia de que nada te costará perdonarle, y que sabrás corresponder á su amor como sus bellas dotes merecen. No desprecies mis consejos, hija mía, si te interesa la felicidad de tu madre. —

— Procuraré seguirlos como siempre. —

— Gracias, Elisa. Volveremos á hablar de esto cuando estemos solas. Ahora en todas partes hace falta mi presencia. Voy á animar á los cantores que dejan pasar unos intermedios demasiado largos. —

Apenas hubo alejado la marquesa, el conde, que la acechaba no de muy lejos, corrió á ocupar de nuevo la silla vacante.

¿Cómo cumplió la marquesita la promesa que acababa de dar á su madre de seguir sus consejos? No solo admitiendo los galanteos del conde del Llano, sino dándole nuevas esperanzas de corresponder á su amor.

Mientras esto acontecia en medio de la alegre ebullicion del palacio de la marquesa de Verde-Rama, la *Bruja*, en su modesto albergue, era víctima de un acerbo insomnio, al cual siguieron otros sucesos que nos prometemos relatar en el capítulo inmediato.



Mientras esto acontecia en medio de la alegre ebullicion del palacio de la marquesa de Verde-Rama, la Bruja, en su modesto albergue, era víctima de un acerbo insomnio, al cual siguieron otros sucesos que nos prometemos relatar en el capítulo inmediato.



CAPITULO III.

LA SOMBRA ENSANGRENTADA.

Alta noite, e noite escura
 Sem estrelas, nem luar;
 E lá por salas desertas
 Uma sombra a pasear!
 J. D'AZEVEDO.

Tout dort, tout s'abandonne aux charmes du repos:
 Phénisse veille et pleure.

DELILLE.

Mientras millares de luces bañaban de inmenso resplandor los suntuosos salones del palacio de la marquesa de Verde-Rama, por cuyas jaspeadas bóvedas resonaban los melodiosos acentos del placer, una llama trémula, moribunda y opaca heria el livido semblante de la desventurada Inés en la modesta habitacion donde habia sido recogida por la filantrópica generosidad del duquecico de la Azucena; y esta mujer misteriosa lanzaba dolientes ayes

de amargura, sin que el benéfico sueño diese ni un solo momento de treguas á su dolor.

¡Así es el mundo! Los magnates, ávidos de placeres, prolongan sus festines hasta las altas horas de la noche, halagan su vanidad con la ostentacion del fausto, y se abandonan á todo linaje de pasajeras delicias, sin que llegue á sus oidos el triste lamento de la desgracia.

Pero esos goces á que se entregan los ricos no tienen siempre la dulzura que destella una apariencia falaz. Nosotros aplaudimos el buen gusto y magnificencia de esas brillantes reuniones. Elogiamos la prodigalidad con que ponen en circulacion sus riquezas los que las poseen. Respetamos el derecho que asiste á los ricos de esponder sus tesoros para hacerse agradable la existencia. Nos holgamos, finalmente, en confesar la elegancia, el buen tono y esquisita civilizacion que respiran los magníficos saraos en que muchos ricos hacen gala de sus ilustrados modales y filantrópico desprendimiento. En todo obsequio que el hombre rinde al hombre, cuando no impera una pasion de mala índole, vemos un acto laudable de fraternidad. Mas ¡ay! que no siempre son semejantes festines hijos de un sentimiento noble y generoso. Rara vez deja de presidir en ellos un orgullo insensato: rara vez llevan otro objeto que el de escitar rivalidades y envidias; cuando no son actos de insolente arrogancia, actos provocativos, con que los que han debido una fortuna inmensa á villanas bajezas, á torpes apostasias ó crímenes detestables, parece quieran insultar á la virtud menesterosa diciendo al pobre: «¡Humíllate, esclavo, ante la grandeza de tus señores, ó abandona la senda de la virtud si como nosotros pretendes enaltecerte!»

¡Insensatos! ¡Sellad vuestros lábios sacrilegos! Vosotros teneis que apelar á esos deleites efimeros para creerlos dichosos. Os esforzais por fascinaros á vosotros mismos; pero en medio de todos vuestros aparentes goces, vuestra conciencia os acusa, y amargos remordimientos dan tortura á vuestro azorado corazon.

Volved la vista hácia el pobre á quien insultais, y en pos del penoso trabajo que apenas le produce un jornal suficiente para mantener á su familia, vereisle entregado al reposo, y dormir el sueño de la felicidad, hija de la virtud, mientras agitándose vuestra alma en el bullicio del gran mundo, sois desgraciados en medio del fausto y la grandeza que os circunda.

—¡Pobres y ricos! sed virtuosos si apeteceis ser felices; no abandonéis jamás la virtud; porque el que de ella se desvía, tarde ó temprano siente brotar en sus ojos el lloro de la desesperacion.

El vaticinio del médico acerca de la enfermedad de la Bruja iba acreditándose conforme se deslizaban días. La pobre Inés estaba, no solo fuera de peligro, sino como antes del fatal accidente que la habia aproximado á la tumba. Sin embargo, sus dolencias eran incurables, su salud delicadísima, y el estado azaroso de su adolorido corazon, no era para prolongar su existencia.

—¡Si pudiera dormir!— pensaba aquella desdichada —pero es imposible. Arde mi fantasia y pareceme soñar despierta. ¡Siempre Eduardo y Enriqueta ante mis ojos, prodigándose caricias... jurándose eterno amor!... El amor entre una pobre y un rico, es un horrible semillero de infortunios. ¡Desventurados jóvenes!... Bien lo veo, son dos inocentes criaturas... dos ángeles que se aman... pero la llama que arde en sus corazones está de Dios maldecida... Es un destello del fuego infernal. El demonio le atiza... y al ver que el incendio crece, bate las palmas de gozo y con siniestra sonrisa insulta y desafía á Dios. ¡Oh! Dios vencerá en esta tremenda lucha. Enriqueta no será el escarnio de los palaciegos... Dios me dará la salud que necesito para estorbar tan desigual enlace, enlace cuyas horriboras consecuencias me llenan de espanto. ¡Piedad, Dios mio! ¡Piedad!... Me siento fatigada... Un sueño invencible cierra mis párpados... y parece que la helada mano de un cadáver me los abra... Es un espectro ensangrentado que sale de la tumba para abrirme los ojos... ¡Qué horror!... «No duermas, me dice, no hay sosiego para tí... mujer de maldicion...» Huye, sombra sangrienta, no me atormentes mas. ¡Eduardo! ¡Eduardo!... sí... es Eduardo el que se goza en darme tan feroz tortura... ¡Eduardo lleno de sangre!!!...

La Bruja se cubrió toda con el ropaje de su lecho, y puso además la mano izquierda sobre sus ojos. Así permaneció aterrada algunos instantes.

De repente arrojó de sí la ropa que ocultaba su rostro, é incorporándose en su lecho, dirigió la vista á todos lados con un valor sobrenatural, y murmuró:

—¡Soy una miserable! Me dejo dominar por la fiebre que lentamente me consume, cuando es preciso dedicar todos mis esfuerzos á recobrar la salud.

Las fantásticas visiones que acobardan mi espíritu son hijas de mi debilidad. No hay nadie en derredor mio. Lo veo bien al escaso resplándor de esa lamparilla. La buena anciana que con tanto esmero me asiste, duerme pacíficamente en esa pieza inmediata. Cuenta más de setenta años de virtudes.... y duerme feliz. ¡Debe ser tan dulce el sueño de la inocencia! ¿Por qué no ha de serlo el del arrepentimiento?

Al decir estas últimas palabras arrodillóse la Bruja en su lecho, y uniendo el brazo mutilado á la mano izquierda como si juntara las dos manos en ademán suplicante, dirigió á una imagen que habia junto á la cabecera, estas fervorosas palabras:

—¡Virgen Santísima! No me abandones en tan críticos momentos; inspírame valor, inmaculada Virgen, para resistir mis infortunios. Haz que recobre mi salud por unos dias. Dáme fortaleza, Soberana de los Cielos, para espiar mi crimen y darte pruebas de mi sincero arrepentimiento. No desoigas mi súplica, divina Madre, y haz que un benéfico sueño derrame por mis venas un bálsamo consolador. Solo un leve sueño exento de amarguras, para que una pecadora arrepentida no sucumba á la muerte sin espiar antes sus culpas. ¡Piedad, purísima Virgen, piedad!

Tal fué el fervor con que la infeliz Inés dirigió á la santa imagen su plegaria, que manó de sus ojos un raudal de lágrimas. Este llanto desahogó su corazón. Tendióse de nuevo, y pocos minutos después dormia profundamente.

Era ya muy entrado el dia cuando la anciana madre del jardinero se presentó en el aposento de la Bruja, y después de apagar la lamparilla, abrió una ventana que daba al jardin del duque de la Azucena.

—¿Qué hora es?— preguntó la Bruja al despertar.

—Las nueve han dado ahora— respondió la anciana.

—¿Las nueve?— repuso con admiracion la Bruja.

—Parece que se ha pasado bien la noche.

—¡Oh! perfectamente.

—Esto es lo principal; de modo que se hallará usted muy aliviada.

—Me siento enteramente buena— dijo la Bruja en tono jovial.

—Me alegro mucho. Ahora tomará usted una tacita de sopas, ¿no es verdad?

— Quisiera antes levantarme.

—Como usted guste; pero yo soy de parecer que tome usted ahora en la cama una tacita de sopas, y allá sobre las once, que ya el sol está en toda su fuerza, se levanta usted...

—No por cierto—interrumpió la *Bruja*.—Ahora me levanto, refuerzo mi estómago con las sopas que hace usted siempre tan ricas... y á las once me voy á misa.

—¡Cáspita y qué valiente está usted!

—Si estoy enteramente buena.

—Con todo, hija mia, yo no puedo permitir que salga usted de casa sin el consentimiento del facultativo.

—El facultativo no tardará en venir, y estoy segura que no se opondrá á mi deseo.

—Si él accede no tendré yo reparo en que vaya usted á misa, y tendré el gusto de acompañarla.

—Nada de eso: no quiero que usted se mortifique. Demasiados malos ratos le he proporcionado á usted.

—A mí ninguno, hija mia.

—Tendrá usted mil cosas que hacer en su cuarto, y es hora ya de que vuelva usted á cuidar de su hijo.

—Él está bueno y sabe arreglarse.

—Pero con todo, á un hijo siempre le son gratos los cuidados de su madre, y hay que hacer en una casa que no son propios de los hombres.

—Eso es verdad, y afortunadamente me siento yo muy buena y ágil para todo, á Dios gracias, que sino, con la edad que tengo, seria él quien debiera cuidarme á mí.

—¿Tendrá usted setenta años?

—Y los que anduve á gatás, hija mia. Setenta y dos cumplí el primer domingo de la cuaresma pasada.

—Ya estaria yo contenta de vivir lo que le falta á usted de vida.

—Los viejos, por sanos y robustos que nos hallemos, tenemos siempre una patita en la huesa.

La *Bruja* que habia empezado á vestirse al dar comienzo á este coloquio, lavóse y peinóse con bastante esmero, mostrando jovialidad en todas sus palabras y ademanes.

—¿Y las sopas?—preguntó la *Bruja* sentándose junto á la mesa que le

habia servido hasta entonces de tocador.

—Voy por ellas—repuso la anciana.—Las tengo junto á la lumbre para que no se enfrien. ¿Con que hay apetito?

—No falta—respondió Inés sonriéndose.

—Eso es bueno. Tambien observo que está usted hoy mas alegre.

—Es que me siento bien.

—Pues el buen humor y el apetito son dos excelentes medicinas para recobrar enteramente la salud.

—Solo me falta adquirir fuerzas;—y riendo añadió:—pero tardaré...

—¿Por qué razon?

Inés respondió con jovialidad:

—Por que se goza usted en hacerme pasar hambre.

—¡Ay pobrecilla!—dijo la anciana que no dejó de entender la indirecta.—Es verdad... Voy por la taza...

Fuese corriendo y tardó muy pocos minutos en volver, aprovechando su pausado regreso para enfriar por el camino las sopas, sacando cucharadas de caldo y derramándolas de nuevo en la taza soplando al mismo tiempo.

—Vamos, que ahora tienen buen punto—dijo la anciana entregando la taza á la Bruja, y tendió una servilleta sobre la mesa.

La Bruja puso la taza encima de la servilleta, y dijo antes de empezar:

—¿Gusta usted acompañarme?

—Buen provecho, hija mia. Yo he almorzado ya muy ricamente.

—¿Chocolate?

—Mis almuerzos no ven nunca la lumbre. Me he zampado un par de cebolletas y media docena de agetes tiernos como una manteca.

—Pues son dos cosas indigestas.

—¿Tambien tiene usted las aprensiones de los ricos? Cuando uno está bueno todo hace buen estómago, particularmente en Madrid donde hay tan buenas aguas.

—¿No bebe usted vino?

—Muy poco.

—Por eso se conserva usted tan buena.

—Apenas beberé un cuartillo en todo el dia.

—Pues eso es mucho á la edad de usted.

—Con todo, me gusta mas el aguardiente.

—¿Pues cómo ponderaba usted la bondad de las aguas de Madrid?

—Para lavar son excelentes; dejan la ropa muy limpia.

—Pero para beber...

—Siempre he dado la preferencia al aguardiente. Desde muy jóven me he limpiado todos los días los dientes con él al despertar. Es un preservativo excelente de toda putrefacción. Fortalece las encías.

—Pero los dientes...

—Los dientes se me han caído, hija mía... lo mismo que las muelas... Con todo, conservo las encías tan fuertes, que el manjar más sabroso y agradable para mí es el bacalao frito.

En este momento sonó un aldabazo dado á la puerta de la calle, y la vieja se fué á abrir. Pocos momentos después reapareció con el médico, quien manifestando satisfacción, dijo al entrar:

—Vamos, vamos, ya sé que se ha pasado bien la noche y que está usted muy animosa y jovial.

—Se lo ha dicho á usted la señora Cipriana.

—¿Y me ha engañado?

—No señor. Verdad es que estuve muy desvelada hasta las tres; pero luego he cogido el sueño y he dormido perfectamente hasta las nueve.

—A ver el pulso. Está bien.

—De modo que esta mañana podré salir á misa, ¿no es cierto?

—Si quiere usted retrasar la mejoría, haga usted ese disparate.

—Pero si me siento tan buena...

—Con todo, está usted muy débil. Hoy sigue usted tomando buenos caldos. A medio día come usted su pucherito con gallina, por la noche una sémola caldosita, y probablemente le daré á usted mañana permiso para dar un paseo.

—¿Y no podría llegarme hoy á la Carrera de San Gerónimo á hacer una visita que me interesa mucho?

—De ningún modo.

—Pero si ya estoy buena.

—Está usted mucho mejor; pero es preciso tener prudencia para evitar una recaída.

—¿Me promete usted dejarme salir mañana?

—Si no la abandonan á usted el apetito y el buen humor, probablemen-

te dormirá toda la noche, y mañana estará usted mas fuerte. En este caso aun le será provechoso un poco de ejercicio, siempre que sea moderado y esté el dia bueno para salir al campo.

—Muchas condiciones me pone usted.

—Y me lisonjeo de que no faltará ninguna. Mañana vendré probablemente para despedirme. Luego quedará á su buen juicio y discrecion el que no se me tenga que llamar de nuevo. Precisamente el régimen que debe usted seguir es muy sencillo. Procure usted olvidar todo género de pesares.... No se abandone usted á una melancolía inútil, perniciosa en extremo.... Esfuércese usted por estar del temple que hoy la veo, y no dude que desaparecerán para siempre sus dolencias. A Dios, Inés, hasta mañana.

—¿Vendrá usted temprano, sí?

—A la misma hora que hoy.

—Dios premie á usted sus afanes.

Mientras el facultativo estaba en conversacion con la enferma, la señora Cipriana habia levantado la cama y puesto en orden todo lo de la habitacion, que aunque modesta, respiraba por todas partes limpieza y aseo.

Al ver que el médico se despedia de la enferma, adelantóse la buena anciana á abrirle la puerta de la calle, y después que se hubo marchado aquel, volvió ella al dormitorio de la *Bruja* estrégándose las manos de gozo:

—Muy contento se vá el señor doctor, hija mia—dijo la vieja.

—Pero ha estado bien poco complaciente conmigo—repuso Inés.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque no quiere que salga de casa hoy.

—Lo hace por su bien de usted. Pues ¡poquito interés manifiesta el santo varon! ¡Oh! y se conoce que es todo un doctor muy sabido. Aconsejo á usted que no se separe un ápice de sus mandatos. ¡Y cuánto quiere al señorito don Eduardo!

—¿Ha dicho algo de don Eduardo?—preguntó con afan la *Bruja*.

—«Vá bien, vá bien, decia al salir, y me alegro tanto por la pobre enferma como por el duquecito su protector. Se conoce que quiere mucho á esa mujer.»

—¿Eso decia?

—Eso decia, y luego añadió: «¡Oh! el duquecito es un jóven completo,

y á su talento privilegiado, reúne una hermosa figura, y un corazón mas hermoso aun por los bellos sentimientos que le adornan. Me ha recomendado á la pobre Inés con mucha eficacia, y por esta razón tengo un doble placer en haber acertado su curación.»

La *Bruja* iba á hablar, y no pudo. El llanto ahogó su voz.

—¿Llora usted?— exclamó alarmada la señora Cipriana.— ¡Dios mío! ¡Y el facultativo no ha encargado otra cosa sino que estuviera usted muy alegre!

—Este llanto no puede perjudicarme — balbuceó la *Bruja* entre sollozos.

—Es llanto de gratitud..... llanto de júbilo que llena mi alma de consuelo. Cada vez que oigo alabanzas de mi generoso protector, siento una emoción tan dulce....

—Pues entonces ¿por qué llora usted?

—Porque también se llora de alegría, buena mujer, y nada hay en este mundo que pueda serme tan grato como oír enaltecer las virtudes de don Eduardo, y sus actos de beneficencia.—Luego la mortificó esta espantosa reflexión:— ¡Y yo, infeliz, veo siempre en mis sueños su *sombra ensangrentada!*

—¿Tiembra usted?

—¿Yo?

—Dirá usted también que es de alegría.

—Ya se vé que sí.

—Pues esas alegrías no me agradan.

—Tranquílicese usted, buena Cipriana.

—Usted es quien debe tranquilizarse.

—Repito que estoy contenta.

—¿De veras?

—De veras.

—Noto en usted cierta cosa...

—Aprensión.—Y nuevas lágrimas brotaron de los ojos de la *Bruja*.

—Vamos, enjague usted esas lágrimas, que me voy enterneciendo yo también— repuso con acento conmovido la virtuosa anciana.—Pues si oyera usted á mi hijo..... Está loco por el señorito.... Dice que no es hombre, sino un ángel que Dios ha enviado al mundo para consuelo de los desgraciados. Yo también me quedo alelada cuando le veo y le oigo. Tiene un aspecto tan

bondadoso.... un modo de mirar tan amable.... una voz tan cariñosa.... Nunca me ha llamado vieja ni anciana..... No olvida mi nombre..... «Cipriana, haga usted esto.... Cipriana, que no le falte la gallina á la pobre Inés... Cipriana tenga usted mucho cuidado si llama por la noche.....» Pero todo esto lo dice con una dulzura que enamora.... con una.... ¿Han llamado?

Efectivamente acababan de dar otro aldabazo á la puerta de la calle.

—Si señora, llaman.

—Será mi hijo.

La diligente vieja desapareció, y pocos momentos después estaba don Eduardo en presencia de la Bruja.





CAPITULO IV.

LA BRUJA CONFIDENTE.

Voluntades que avasallas,
Amor, con tu fuerza y arte,
Nadie habrá que las aparte,
Que apartallas es juntallas.
LOPE DE VEGA.

Nothing more certain, Sir.
WALTER SCOTT.

—Buenos dias, Inés—dijo don Eduardo al presentarse en la habitacion de la *Bruja*, y dejó el sombrero en una silla.

La *Bruja* no pudo responder; levantóse llorando, y dejóse caer de rodillas á las plantas de su bienhechor.

—¿Qué es esto?—esclamó conmovido el duquecito, y tendió sus brazos para levantar á la pobre mujer; pero antes de que esta se pusiera en pié, asió con su única mano otra de don Eduardo, la besó con ternura y la bañó de lágrimas.

El generoso jóven sacó su finísimo pañuelo de batista que llevaba en el bolsillo del faldon del frac, y pasándole cariñosamente por el mutilado rostro de la convaleciente, añadió:

—Cipriana me ha engañado.... y lo siento mucho.

—¿Pues qué le ha dicho á usted la señora Cipriana?— preguntó Inés.

—Me ha dicho que ya estaba usted buena, que así lo habia declarado el médico porque tenia usted el pulso natural y se mostraba de muy buen humor.

—Sí, es verdad, señorito, es verdad.... me siento muy bien, estoy muy contenta, y ahora mas que nunca porque está usted aquí.... aquí conmigo... Yo olvido todos mis males siempre que estoy cerca de usted.

—Pues ahora no se conoce— replicó el duquecito haciendo sentar á la *Bruja* y ocupando una silla á su lado.— Esas lágrimas...

—Son lágrimas de alegría.

—Vale mas que sea así; pero yo no entiendo á usted, Inés.

—¿Por qué dice usted eso?

—Estos dias pasados temblaba cada vez que venia á saber el estado de su salud. «No hace mas que llorar» me decia Cipriana. «Ha pasado la noche gimiendo y lanzando ayes que desgarran el corazon.»

—¡Estaba tan enferma!.... Pero he recobrado ya mi salud, gracias á los beneficios de usted, á la sabiduría del facultativo, á los buenos cuidados de la señora Cipriana, y sobre todo, al amparo de la immaculada Virgen de los Dolores. Ya no molestaré á nadie con mis lamentos.

—El caso es que antes por enferma y ahora por haberse restablecido, ha de estar usted siempre llorando. ¿Cuándo acabarán esas fuertes emociones que van minando su existencia?

—Hay emociones que matan lentamente, es verdad, pero tambien las hay que sirven de consuelo y alargan la vida.

—Tiene usted razon—esclamó don Eduardo en tono misterioso, y exhaló un profundo suspiro.

—Suspira usted como si algun pesar oprimiera su corazon. ¿Qué le aflige á usted?

—Nada.

—¡Nada! ¡A mí me dá usted esa contestacion, don Eduardo!—Y sonriéndose añadió:—A mí que todo lo adivino.... ¡que todo lo sé!

- ¿Qué es lo que usted sabe?
- Que está usted enamorado.
- ¿De quién?—preguntó con rapidez don Eduardo.
- De la señorita Enriqueta—respondió con no menos velocidad la Bruja.
- Don Eduardo miró á Inés con asombro, y después de un breve silencio, dijo:
- Es verdad, la amo con idolatría.
- ¡Qué lástima que no sea Enriqueta hija de algun título!
- Esa circunstancia no añadiría un solo quilate al mérito adquirido por su hermosura y sus virtudes.
- Pero le falta el mérito de un nacimiento ilustre.
- Es hija de un aventajado artista.
- Ya lo sé—repuso en ademan despreciativo la Bruja—es hija de un pobre pintor, y sería una locura que aspirase á ser esposa del hijo de un duque.
- ¿Por qué razon?
- Porque Enriqueta es pobre y virtuosa, y la atmósfera de los palacios ahoga á la virtud y martiriza á la pobreza. Enriqueta sería infeliz.
- Enriqueta sería dichosa á mi lado, porque yo cuidaría de que lo fuese.
- Serían inútiles todos los esfuerzos de usted para labrar su felicidad. Todos ellos se estrellarían contra las preocupaciones de la sociedad, y usted mismo, incauto jóven, sería víctima del desprecio, del sarcasmo, de los insultos de una aristocrácia orgullosa, que tendría por vileza alternar con quien hubiera amancillado sus blasones al emparentar con una familia plebeya. Y sino, dígame usted, don Eduardo, ¿aprueba su padre que ame usted á Enriqueta?
- No por cierto.... Me ha prohibido visitarla... Y lo que es peor aun, el mismo padre de Enriqueta, hombre pundonoroso y por todos conceptos respetable, me ha despedido de su casa rogándome que no volviera á poner los piés en ella, interin no aprobase mi padre mi pasion por Enriqueta.
- ¿Y es usted correspondido?
- Sí, señora, esa jóven adorable me ama, y no me es ya posible renunciar á la dicha de ser su esposo.
- Pues debe usted renunciar á ella, don Eduardo.

— ¿Por qué razon?

— Por que su padre de usted no aprobará nunca unos vínculos que degradan su nobleza.

— Prescindiré de la voluntad de mi padre.

— Y su maldicion caerá sobre la cabeza de un hijo desobediente.

— Las caricias de una amable esposa me harán olvidar las iras de un padre injusto y cruel.

— Y ese padre perecerá de dolor, y en los espantosos momentos de su agonía llamará parricida á su hijo y repetirá su horrible maldicion.

— ¡Inés! — gritó aterrado el duquecito al oír el fatal presagio de la Bruja.

— Y á la maldicion del padre seguirán los tormentos del hijo....

— ¡Señora!....

— Una cadena de infortunios desgarradores formará el porvenir del miserable maldecido. Maldecirá á su vez á la mujer origen de sus desgracias, sucederá el odio al amor, un tardío remordimiento roerá su corazon... Buscará el término de sus males y le hallará tan solo en el suicidio... Esta es la felicidad del hijo estigmatizado por el sello de la maldicion paterna. La maldicion de un padre es la maldicion de Dios.... y en pos de ella no hay felicidad posible, solo caben sinsabores, desesperacion, sangre!!!

— ¡Basta! ¡basta.... por piedad! — balbuceó horrorizado el duquecito.

— Tiene usted razon, hijo mio — dijo la Bruja sollozando — los beneficios que usted me prodiga me imponen el deber de advertirle las tristes consecuencias de un amor insensato; pero soy una ingrata al hacerlo con tan poca moderacion. Disimule usted mi osadía.... No tengo yo la culpa de haberme propasado.... Todo es efecto de mis dolencias.... Una imaginacion calenturienta se desvia fácilmente; pero es usted demasiado bondadoso para pensar que trato de afligirle. No, don Eduardo, no. Nadie en el mundo se interesa como yo en la felicidad de usted, y por lo mismo desearia que olvidase usted un amor que por ningun concepto puede convenirle.

— Es imposible, Inés, es absolutamente imposible. Yo no quiero nunca merecer el dictado horrible de parricida con que usted, en un acceso de delirio acaba de atormentarme. He hecho y seguiré haciendo los mayores esfuerzos para lograr el consentimiento de mi padre.

— Su padre de usted no cederá.

— Le haré ver hasta la evidencia que no tiene razon.

- Todo será inútil.
- ¡Inútil! ¿Por qué?
- Porque él estará siempre en la inteligencia de que la razón le asiste.
- Me sobran argumentos para probarle lo contrario.
- El los tendrá también para evidenciar que es una locura el amor que usted profesa á Enriqueta.
- ¡Una locura!
- Lo es en efecto, don Eduardo.
- Yo no lo juzgo así.
- Porque le ciega el amor.
- ¿Y en qué puede fundarse que es una locura?
- En mil razones; y principalmente en la desigualdad de nacimiento, de fortunas, de posiciones....
- Para ciertos fanáticos será así; mas yo no soy fanático.
- Pero lo es su padre de usted con respecto á sus principios aristocráticos; y todas las reflexiones que usted le haga serán inútiles.
- Entonces no seré yo el culpable de las consecuencias de un amor que ya no me es posible extinguir.
- Pero no viendo á Enriqueta....
- La buscaré en todas partes.... y una vez se me presente ocasion... La *Bruja* quedóse pensativa.
- ¿En qué piensa usted? — preguntóle don Eduardo.
- No me atrevo á decirlo — respondió Inés sonriéndose.
- Explíquese usted; me parece que le ha ocurrido alguna idea feliz: veo que se sonríe y esto no puede menos de halagarme después de haberme tratado con demasiada severidad.
- Y usted á mí siempre me ha tratado con sobrada desconfianza.
- ¿A qué viene esa reconvención?
- Es mas justa que la de usted. Yo me he propasado en un arrebato febril, es verdad; pero también lo es que si he sabido los secretos del corazón de usted lo he debido á mi calidad de bruja, porque nunca ha hecho usted de mí la menor confianza.
- ¿Qué quiere decir eso?
- ¿No sabe usted que yo tengo la entrada libre en casa del pintor?
- Es verdad.

—Pues bien, quiero enmendar mi falta. Yo hubiera deseado que le fuera á usted fácil no acordarse mas de la hermosa jóven que le ha vuelto el juicio; pero toda vez que esto es imposible, toda vez que usted asegura que procurará hacerla feliz, desde este momento me declaro protectora de unos amores que tienen por base la virtud. El médico me ha prohibido salir hoy de casa; pero mañana, si usted no lo lleva á mal, he de traerle noticias de Enriqueta.

—¿Irá usted á verla?—preguntó con interés don Eduardo.

—Iré á verla de parte de usted—respondió la *Bruja*, y sonriéndose añadió:—si es que no tiene usted inconveniente en honrarme con el título de su íntima confidente.

—Creo haber dado á usted pruebas inequívocas de particular aprecio—repuso con amabilidad don Eduardo—para que fácilmente conozca usted el interés que yo tengo en aceptar su amistosa proposición.

—¿Es decir, que soy desde este momento la confidente de los amores del duquecito de la Azucena?

—Me place sobre manera ver á usted de buen humor.

—El título de confidente es lo que yo quiero.

—Concedido.

—Pues señor, ya soy otra en el mundo, ya he mejorado por fin de posición social.

Al oír hablar de este modo á la *Bruja*, llegó don Eduardo á temer si adolecería de alguna desorganización mental causada por su reciente dolencia, porque era chocante aquella jovialidad, después del funesto presagio con que algunos momentos antes había logrado aterrarle. Era sin embargo demasiado halagüeña la oferta que le hacía para que dejase de aceptarla con inefable gozo.

—¿Y en qué ha mejorado la posición de usted?—preguntó jovialmente el duquecito.

—En que ya no soy una mendiga recogida en esta casa por caridad. Soy la confidente del señorito; y en pago de mis buenos oficios, se me concede la habitación con asistencia ¿no es verdad?

—Como usted guste; pero lo que yo quiero es que me traiga usted buenas noticias de mi Enriqueta.

—Traeré las que recoja, y me lisonjeo de que no serán desagradables.